

12

**EL GIRO SEMIÓTICO
(LA SVOLTA SEMIOTICA)****Paolo Fabbri**

Editorial Gedisa. Barcelona, 1999.

159 págs. ISBN 84-7432-774-1

**Giovanna Genero
María Clara Arijón**

Desde el título, la obra hace alusión al *giro* que, de manera gradual, se ha producido en los últimos años con respecto a los modos de estudiar los problemas de la significación. A lo largo de la obra, el autor refuerza su tesis sobre cómo este fenómeno, a pesar de sus alcances, no consiste en una “ruptura epistemológica”.

Este “giro” es entendido en términos de Nietzsche, según el cual la esencia de algo nuevo se revela, no al principio, sino gracias a un giro en su progresividad. A partir de esta idea, Fabbri busca reivindicar la necesaria fragilidad de la generalización.

La obra se divide en tres capítulos. En el primero, el autor manifiesta su interés por reconstruir la consolidación de la semiótica como disciplina, es decir, como plano de consistencia teórica que asume cierto número de enunciados en una época determinada. Para esto, propone una historia de la Semiótica que dé cuenta de una tradición intelectual y de una historia del signo.

Con este propósito, distingue dos líneas: Semiología y tradición humanista (Roland Barthes) y el Paradigma semiótico (Umberto Eco, Charles Peirce).

Según Fabbri, el problema que la Semiótica debe estudiar es el de los sistemas y procesos de significación. En tanto que proceso, el giro semiótico trata de crear universos de sentido particulares a los efectos de reconstruir en

su interior ciertas organizaciones específicas de sentido, de funcionamientos de significado, sin pretender con ello reconstruir (al menos por el momento) generalizaciones que sean válidas, como universales. En este sentido, esta nueva Semiótica se propone, precisamente, trabajar con las interdefiniciones, reconstruir los criterios de pertinencia para formar, en cada ocasión, el significado de los textos. Sobre el final del capítulo, Fabbri argumenta que la semiótica es filosófica, porque trabaja con imágenes del pensamiento subyacentes a los textos que sabe y quiere analizar. Este análisis posee cuatro niveles: empírico, metodológico, teórico y epistemológico. Los eslabones que faltan son los que relacionarían tales niveles.

En el segundo capítulo, el autor parte de la categoría de “lo conocible” de Aristóteles, que lo define como una sustancia del conocimiento que está a la espera de su articulación significativa. Se trata del conjunto de saberes compartidos por una comunidad o por parte de ella, y que de alguna manera están a la espera de una forma de organización expresiva y una forma de organización de los contenidos. Según Fabbri, para que lo conocible llegue a ser “sensato” necesita modelos como los que propone y describe en este texto: la narratividad, la pasionalidad y la continuidad. El autor rescata del paradigma saussuriano el concepto de *enunciación* a los fines de resolver el problema de la forma que se le da a la instancia de conexión entre un signo y otro. Además describe al *principio de metaforicidad* como un principio enteramente semiótico, instrumentalizable en distintos tipos de sustancias y formas expresivas.

Por último, en el tercer capítulo, parte del problema de la subjetividad de la enunciación en el lenguaje. Retoma la temática de la metáfora del capítulo anterior y focaliza en la capacidad del lenguaje para transformar las acciones y las situaciones pragmáticas. Considera que el estudio de la metáfora se renueva, esto es, que los fenómenos de descubrimiento o conocimiento dependen de la manipulación de distintos esquemas vinculados al cuerpo o “incorporados”.

El autor observa que existe una fuerte demanda de la Semiótica como *organon* para la ciencia, una especie de arte racional, no universal, para el funcionamiento de los conocimientos locales. De esto deriva la problemática de la traducción entre fenómenos textuales distintos.

Más adelante, el autor establece categorías como *Hecho* y *Factiche*. Hecho es el sentido de que alguien lo ha hecho, pero también es Factiche en el sentido

de que alguien, de alguna manera, empieza a considerarlo como un objeto que existe por sí mismo y que actúa por sí mismo en el mundo. Desde esta perspectiva, entiende a la Semiótica como proveedora de modelos generales de explicación de los fenómenos de la cultura humana y cree que su error es presentarse como una subespecie de filosofía general del lenguaje.

Por último, introduce la problemática de la transducción entre sistemas de signos distintos. Sostiene que frente a esta cuestión, la Semiótica actual cavila demasiado y produce pocos modelos. En su opinión, esta configuración disciplinar tiene el reto de proporcionar modelos adecuados y demostrar al mundo de la ciencia la gran capacidad descriptiva que posee constitucionalmente.